

## CAPITULO XII.

*SIN FALTAR A LAS OBLIGACIONES de la Prelacia, cumple el V. P. Fr. Antonio con las del Instituto Apostolico, y logra varias conversiones prodigiosas. Refierense algunos maravillosos casos, con que cada dia tomaba mas vuelo la fama de su santidad, y se aumentaban los deseos que tenian todos de verle, comunicarle, y oírle.*

**A**SI desempeñaba las obligaciones de la Prelacia el V. P. Fr. Antonio, privando à sus ojos del preciso sueño, negando el reposo à sus cansados miembros, y defraudando à sus fuerzas del conveniente sustento; añadiendo de mas à mas las disciplinas, cota de malla, y otras mortificaciones, que fueron habituales martyrios, como diré con mas extension à su tiempo: Teniendo por alivio los trabajos, por contento los afanes, y por tesoro su desvelo en solicitar la gloria de Dios, y salvacion de las almas. En esta mira, salía los mas de los dias festivos à predicar por las tardes, à las plazas, y esquinas de esta Ciu-

dad, è hizo algunas Misiones en las Haciendas de estos contornos, y Poblaciones inmediatas, como tambien en la populosa Ciudad de Valladolid, y en la Imperial Corte de Megico, qual otro Michéas, quando lo envió Dios, como animado rayo, para chocár con los Nobles de Sión, y con los Grandes de Samaria. Siempre hizo el Siervo de Dios grande estudio en ocultar su sabiduria al conocimiento extraño, como quien sabía, que la humildad, y la ciencia con dificultad se alvergan bajo de un mismo techo. Pero como la antorcha, que à todas horas está encendida, no puede dejar de descubrir con sus resplandores à quien la lle-

va,

va, por mas que quiera ocultarla, se valía el Cielo como de ocasion, ò instrumento, de las luces de su fama, para que la devota ambicion de los Fieles lo sacase de los escondrijos del Claustro, à trastornar hasta las principales Ciudades, exterminando vicios, y desarraigando costumbres, plantando virtudes, y sembrando egemplos, manifestando el Poder Divino repetidas veces las eficacias de su zelo.

Hallandose por este tiempo un buen hombre con una enfermedad peligrosa, asi que recibió los santos Sacramentos, le sobrevino un profundo letargo, que lo dejó como un tronco, sin mas demostraciones de estar vivo, que aquellas con que podía percibirse algunas veces, que batallaba yá con la muerte. Viendole en esta constitucion los domesticos, llamaron sucesivamente à varios Religiosos, deseando la mayor felicidad del enfermo; pero por diligencias que practicaron, no pudieron conseguir que abriese los ojos, ni que hablase una palabra. Llegó el V. P. Antonio, y desde el punto que lo

llamó por su nombre, abrió el moribundo los ojos, mostrando que le conocia. Dióle saludables documentos, exhortóle al dolor de las culpas, y à la confianza en la Piedad Divina; y dentro de pocas horas murió con mucho consuelo de los suyos, y de todos quantos lo vieron, asi por haver tenido al Siervo de Dios à su cabecera en aquella tremenda hora, como por la referida circunstancia, que los obligó à tener por maravilloso el suceso.

Noticioso de que diez leguas de esta Ciudad se hallaba próxima à la muerte una persona consagrada à Dios, y que por los confusos labirintos de su conciencia, no estaba bien dispuesta para tan peligrosa jornada, se fue à visitarla sin ser llamado, deseoso de evitar su perdicion. Quedó como asustado el doliente, asi que vió en su casa visita tan inopinada, y de un sugeto, que aquella era la primera vez que ponía los pies en ella. Saludóle con afabilidad el P. Fr. Antonio, diciéndole con caritativo estilo, que por ser dia de la Visitacion de la Santissima Virgen MARIA

M

à

à su Prima Santa Isabél, iba à visitarle en nombre del mismo Señor, que visitó la casa de Zacharías, para que se salvase su alma. Con estas dulces razones respiró al punto el enfermo, y sin dar treguas à otro asunto, por no permitirlo ya el accidente, se confesó con muchas lagrimas, y señales de arrepentido, con cuya christiana diligencia, no solo logró la salud espiritual, segun se puede inferir piadosamente, sino que le prolongó el Señor la del cuerpo, quedando reconocido en esta duplicada felicidad à los ruegos, y solicitud del V. P. Margil, que fue el instrumento de ambas.

Hallandose de Mision en la Ciudad de Valladolid, estaba sentenciado à garrote un Vandido, sin que se pudiese conseguir, que alguno lo redugese à que se dispusiera, y tratára de confesarse. Llamaron al bendito Padre, y entrando solo à lo mas retirado de la Carcel, à pocas razones rindió à aquel corazon obstinado, y lo dejó tan resignado en la voluntad de Dios, y tan arrepentido de sus delitos, que solo sentía la muer-

te, que le havian de dar de allí à tres dias, porque se le acababa el tiempo para llorar, y hacer larga penitencia de sus culpas, ò porque no era mas penosa, y afrentosa, para dar mas satisfaccion à Dios, y al mundo de su relajada vida. Rogóle al compasivo Varon, que lo acompañase en aquellos tres dias ultimos, y confortase con sus santas palabras su afligido corazon; siendo estas tan eficaces, que cogiendo el malhechor un Santo Crucifijo en las manos, no cesaba de pedir al Señor misericordia, suplicando al P. Fr. Antonio, y à su Compañero, que le ayudasen à alcanzar de la Piedad Divina el perdón de sus ruidosos escandalos. En la ultima noche que le asistían, se oyeron unos golpes, que causaron algun sobresalto en el miserable Reo, y preguntando al Siervo de Dios por la causa de aquel ruido, procuró divertir su curioso miedo por dos veces, encaminando sus respuestas à la constancia que debía tener en resignarse en la Divina voluntad, y en el arrepentimiento de sus crimosos hechos. Instó tercera vez pregun-

guntando, y entonces, segun relacion del Compañero, que fue ocular Testigo del caso, le respondió de esta suerte, encendidas sus megillas como asquas, sin duda como señales del incendio, que se ocultaba en su caritativo pecho: *Mira hijo, este Crucificado Señor estuvo viendo por sus mismos ojos la Cruz, clavos, martillo, y los demás instrumentos con que le quitaron la vida. Sabete, que esos golpes que has oído son de los barrenos que están haciendo para darte mañana garrote.* Oyó el doliente la respuesta, y dijo con espíritu resignado: Hagase en mí la voluntad de Dios. Causóle alguna novedad la respuesta al Sacerdote que lo acompañaba, y saliendo con disimulo, para indagar cautelosamente su verdad, le digeron, que en la realidad estaban haciendo los barrenos en una puerta de otra Carcel contigua, para el suplicio que se havia de efectuar al siguiente dia, cuya noticia, por haver permanecido siempre los dos sin apartarse, y no haver hablado con alguno, que pudiera haverla dicho, tuvo por cierto, que la dijo el V. P. Mar-

gil con especial luz del Cielo, con cuyo auxilio havia negociado la reduccion de aquel facineroso, y le ayudó hasta el patibulo.

Estando informado de que en uno de los Pueblos de esta Comarca se hallaba una persona de dignidad, que daba escandalo, por haverse entregado al vicio de la torpeza, aplicó por ella una Misa, pidiendo al Señor con ternura en el santo Sacrificio, que abriese los ojos de aquel Sugeto, para que considerase el indecente escollo en que havia dado de pies, con tanta afrenta de su nombre, y ruína de sus progimos. Fue tal la eficacia de sus súplicas, que al ofrecer al Eterno Padre la preciosissima Sangre del Salvador, que lavando las manchas de todo el mundo, fue la Redencion de todo el Linage Humano, oyó una voz en el interior, que le dijo: *Ya es tuya esa alma.* Hallavase en la actualidad el V. P. en el mismo Pueblo, ocupado en el Ministerio Apostolico, y así que concluyó la Misa se fue en busca de aquella pérdida dragma, para restituirla à su dueño. Llegó à su casa, y solo

halló abiertas las puertas de los zaguanes, pues sin permitir que se abriesen las de la sala, diciendo que estaba achacoso, daba muestras de que tenía mas cerradas las del corazon, negandose à su misma dicha, con la visita de tan zeloso Ministro. No se dió éste por despedido, antes bien permaneció con nueva instancia, para que se dejase ver el doliente; y verificadas las premisas, que ya tenía, de que sería bien alojado, à poco consiguió su vista. Hallóle en la realidad muy aquejado, y valiendose del mismo peligro que le amenazaban los achaques, comenzó à descubrirle insensiblemente las enfermedades interiores del alma, que eran las que, como mas peligrosas, pedían mas egecutivo reparo. Conoció luego el enfermo la verdad de su principal dolencia, y la suavidad del lenitivo, y suspirando contrito por la Divina Misericordia, dió al punto de mano à la ocasion de su escandalosa caída. Fue poco el tiempo que vivió desde este dia, pero con mucha enmienda, y murió con buen egeemplo, permitiendo el Señor que despues

de muerto viniese à decir à su Valedor, que se hallaba en carrera de salvacion, como tambien à darle gracias por lo que le ayudó con sus sufragios à libertarse de las penas del Purgatorio, y gozar de Dios para siempre.

Por este mismo tiempo se fue una noche à ver al V. P. Portero Fr. Antonio de los Angeles, y le mandó que le acompañase. Salieron del Colegio, sin ser llamado de parte alguna, y à camino como de una hora, dieron con una casa pagiza, en donde havia un hombre que batallaba con los ultimos esfuerzos de la vida. Confesólo el V. P. y volviendose para el Seminario, sin hacer mansion en parte alguna, gastaron un dia entero en el camino, que à la ida havian transitado en una hora. Sin duda para que nuestra piedad se persuada à que la caridad le dió alas para ir à remediar aquella necesidad, que havia conocido con luz sobrenatural: si ya no es tambien, que desde el retiro del Coro huviese oído su compasion los gemidos de quien pedia remedio.

Sabiendo que en esta Ciudad

había una casa de juego, que por las repetidas culpas que se cometian en ella, era fábula de los corrillos, se fue una tarde à predicar contra esta viciosa ocupacion, y puesto à pie firme à la puerta, desahogó su ardiente zelo con tal espiritu, que parecian rayos sus palabras, con que amenazaba à los mal entretenidos, y al principal Factor de aquella compañía iniqua. Resolvióse, por fin, à entrar en ella, para persuadir mas de cerca la verdad à los concurrentes; pero el Coyme (segun se dijo) no le permitió la entrada, embarazandole su determinacion, cerrandole las puertas, y diciendole algunas descomedidas razones. Reconoció el zeloso Misionero la obstinada codicia de aquel corazon rebelde, y correspondiendo à su descortés audacia con un christiano aviso, le dijo de parte de Dios, que si no se retiraba de un egercicio tan perjudicioso à la Plebe, bien podia temer las indignaciones del Cielo, y que se le cerrasen las puertas de la Misericordia Divina. No se dió el hombre por entendido; pero el Señor, en cuyo nombre se hizo

esta exortacion, pareció que se dió por avisado, para que no padeciese falencia el dicho de su Ministro; de modo, que divirtiendose el Sugeto, dentro de breves dias, en jugar la espada con uno de sus amigos, le dió un tope en el lagrimal de un ojo, à cuyo impulso cayó en la tierra, dando de cerebro en un balcon de la sala, con que perdió los sentidos. Solo duró como quatro horas con vida, con muestras de poco raciocinio, y leves señales de confesion, y arrepentimiento. Recibió la Extrema Uncion, despues de ser absuelto condicionadamente, y murió, dejando à todos motivo para juzgar, que esta notoria fatalidad le havia sobrevenido por el público desprecio que hizo del Predicador Apostolico.

Con el pretexto de divertirse, solía concurrir mucha gente de ambos sexos à las orillas de una represa de agua, que aqui llaman la presa chica. Havia una casa contigua à ella, y con la oportunidad de un balcon, que miraba para la frondosidad de los arboles que las cercaban: se convertía la diversion

sion en escandalo, especialmente en los dias festivos del Verano, pues arrojandose à nadar varios mancebos disolutos, y dejandose ver desnudos de rubor, y ropa, eran causa de muchas indecencias torpes, que no son dignas de escribirse. Llegó à noticia del Siervo de Dios esta relajacion, y herido su corazón con el dardo de tan repetido abuso, enderezó su Mision al expresado parage, en defensa de la pública honestidad. Enarboló con su acostumbrado fervor el Santo Christo, y abominando con Evangelicas invectivas de tan profanas libertades, prorrumpió en estas sentidas razones: *Permite, Señor, que esta casa condenada, donde eres tan frecuentemente ofendido, se vea bundida: Y que esos arboles que hacen sombra à los pecadores, se sequen, y marchiten, para escarmiento de los que con tanto desacato te ofenden.* No se pasó mucho tiempo sin que el Soberano Señor cumpliese puntualmente lo que le pidió su Siervo, pues sobreviniendo en lo silencioso de la noche una copiosa avenida de agua, que hizo rebosar todos los cauces de la presa,

fue toda la casa arrebatada de las corrientes, sin dejar mas vestigio de su fábrica, que un pedazo de pared. Los arboles se fueron marchitando poco à poco; y desde entonces tuvieron fin en aquel sitio los concursos, y diversiones, que se seguian, con tanta cosecha del Demonio, y poco temor à la Divina Justicia.

Con estos sucesos, y otros semejantes, que obraba el Poder Divino en credito de su Fiel Antonio, era tanta la aceptacion que tenia en sus Sermones, que todos lo veneraban como Santo, y se desalaban por oírle. Y aunque en su predicacion jamás cuidó de lograr aquellas exteriores apariencias que se consiguen por la persuasiva Retórica, ò por las industrias del Arte, siempre permanecía el Auditorio incansable, aunque predicase tres horas, como lo acostumbraba hacer muchas veces. Oy viven aun varios Sujetos eruditos, y virtuosos, que en ofreciendoseles alguna conversacion sobre este asunto, no hallan más expresion para explicarse, que decir, que el V. P. Fr. Antonio Margil, predi-  
ca-

caba como un Santo Padre, y que sus palabras eran fuego con que reducía à cenizas los corazones mas entretenidos, y pegados à la malicia. En esta misma Ciudad, y por este tiempo de su Guardianía, salió una vez con toda la Venerable Comunidad à predicar contra las Comedias, y al pasar en procesion por las puertas de la casa, que era el Theatro de los Cómicos, subió sobre una mesa, para hacer patentes al Pueblo las lastimosas consecuencias de diversion tan ocasionada. Desde luego comenzó à persuadir al vulgo, que con aquella compañía de Farsantes havia entrado en Queretaro una legion de Demonios, y al decir estas palabras con zelo, fervor, y espíritu, vieron todos que se le inmutó en tanto modo el semblante, que parecian sus megillas encendidas asquas. Bastaba sin duda esta pública alteracion de su aspecto, para que aterrado, y despavorido el concurso, se resfriara en asistir à egercicio tan inutil: mas con todo, habiendo concluido el Sermon, procuró comunicar à los Autores de la farsa, y haciendoles

conocer los daños que causaban en sus almas, y en las ajenas, los obligó con suavidad christiana à retratar su pretendido designio, con que quedó la causa de Dios triunfante, y la Ciudad indemnizada de los riesgos, que con sobre escrito de pasatiempo, se le havian entrado por las puertas.

En la Mision, que hizo por este tiempo en la Nobilissima Ciudad de Valladolid, hizo à ruegos del Ilustrisimo Señor Obispo una Platica à todos los Sacerdotes, cuya memoria se hará perpetua por las compunciones, y asombro, con que quedaron los ánimos, y corazones de tan Ilustre, y Sábio Auditorio. No tuvo tiempo para prevenirse de mas noticias, que las que le franqueó el Señor en la oracion, quedando tan confusa su humildad desde el punto que se le hizo este repentino encargo, que los que fueron à darle aviso de que ya se hallaban los oyentes en el Coro del Convento, lo encontraron debajo de una mesa, cubierta la cabeza con el manto. Sentóse en una silla, para cumplir su ministerio, y desde luego

go soltó los diques à su singular eloquencia aquella lengua gobernada, al parecer, por sobrenatural impulso, con tan eficaz persuasiva, con tan convincentes razones, y afluencia de Divinas Escrituras, que todo el Sermon de mas de hora, pareció un solo momento, asi al Venerable Cabildo, como à la famosísima Clerecia, y à los demás del concurso; por manera, que al salir à la Porteria el R. P. Antonio de Trejo, Guardian à la sazón de aquella egemplarísima Casa, à despedir al muy Ilustre Cabildo, y floridísimo Congreso, rompió en la siguiente expresion el Arcediano Don Josef de Loyola,

Varon erudito, ajustado, y Orador célebre: Padre Guardian, ¿hiciera V. P. ni yo, ni todos los hombres doctos de esta Santa Provincia, un Sermon como el que el Padre Margil nos ha predicado? Solo digo, que voy dudando, si Dios nuestro Señor nos ha enviado un Angel en carne para nuestra enmienda, porque un puro hombre, parece que no puede llegar à tanto. Quien tuviere noticia de que el R. P. Trejo fue uno de los mas famosos Sugetos, que han ilustrado en virtud, y letras à la Serafica Religion en aquel tiempo en estas partes, hará mas alto concepto de lo que suena lo literal, y autorizado del elogio.



## CAPITULO XIII.

INTENTA LA INCONSIDERACION, ó la envidia apagar su esclarecida fama, y no lo consigue. Desarma el Cielo al Demonio de los ardidés con que perturba à los inconsiderados, y manifiesta à una persona virtuosa lo que se complacia de la predicacion de su Siervo, con otras notables noticias.

COMO la estimacion, y la envidia son partos, que rara vez dejan de ir juntos, no faltaba quien à ratos sintiese mal del V. Padre Antonio, en medio de tanto aplauso, y de tan conocidos frutos como se seguian de su Predicacion Apostolica. Havré de referir el caso con alguna mas extension de la que tiene en su antigua vida; y aunque reverenciando el carácter de los Sugetos que dieron ocasion à esta proligidad, no me atreveré à decir, que fuesen faltos de prudencia, ó de doctrina, expondré el suceso, para que reconozcan los Lectores si fueron melindrosos, ó ridiculos. En un Sermon del Principe de los Apostoles el Señor San Pe-

dro, que predicó el V. P. en el Templo de nuestra Señora de Guadalupe de esta Ciudad de Queretaro, con asistencia de todas las Sagradas Religiones, y sus respectivos Prelados, y de otras muchísimas personas de la mejor distincion, y carácter, introdujo en la Salutacion al Padre Eterno, como Maestro Soberano del Santo Apostol, enseñándole los altísimos Misterios de la Inefable Encarnacion del Divino Verbo, y de la TRINIDAD Beatísima, con tan delgados pensamientos, y sutilezas tan del intento, que tenía pendientes de sus labios, à todo el devoto concurso, y literato auditorio. A esto se agregó el mezclar algunos chistes, sin agravio de la seriedad, tan